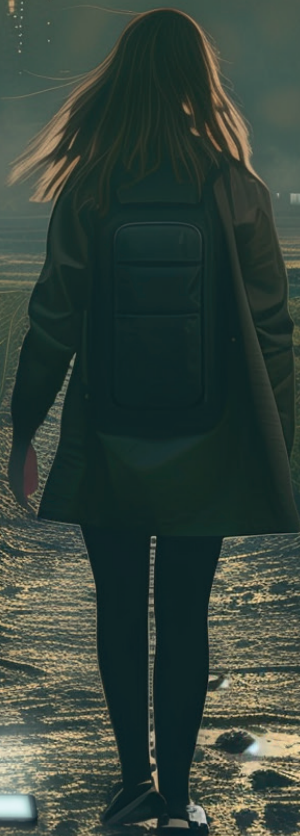


RAFAEL SÁNCHEZ GAVILÁN

# Paredes de injusticia



EDICIONES PANGAEA



# **PAREDES DE INJUSTICIA**

**Primera edición:** septiembre de 2024

**Del texto:** © Rafael Sánchez Gavilán

**De esta edición:** © Ediciones Pangea, 2024  
41720 Los Palacios y Villafranca, Sevilla  
[www.edicionespangea.com](http://www.edicionespangea.com)

**Edición al cuidado de** José Peña Fierro  
**Diseño de cubierta:** Vicent Dolçura

**ISBN:** 978-84-128804-7-2

**Depósito Legal:** SE 2027-2024

**Impresión:** Ulzama Digital

Impreso en España / *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

RAFAEL SÁNCHEZ GAVILÁN

# PAREDES DE INJUSTICIA

·EDICIONES·PÁNGEA·



## ENTRE EL SILENCIO Y LOS GRITOS

La bocina hizo saltar de la cama a todos los habitantes del bloque-edificio. Cada mañana era la misma rutina violenta e insana, y por más que todos estuvieran acostumbrados a ella, no dejaba de ser terriblemente desagradable. Ya era por la mañana, así lo indicaba el crono-marcador. En la antigüedad, decían, organizaban el tiempo basándose en la posición del sol y la luna, algo que a los habitantes de Nueva Europa les parecía una invención imaginaria, ya que no era posible estar bajo la luz del sol más de veinte minutos, obviamente por motivos de salud. Eso le decían los Profesionales de Administración Social, el título con el que definían a los políticos. Aunque la organización del tiempo en eras pasadas, como la mayoría de las cosas antiguas en su sociedad, ya no importaba. Aquellas costumbres solo eran reliquias de un tiempo vergonzoso y lleno de horrores, eso decían los expertos historiadores. Y nadie les contestaba, nadie les discutía esa verdad pura. En la ciudad de Cumai, al igual que en toda la Coordinada Oeste-Siete, cada individuo vivía aislado en su habitación personalizada, tal como obligaba el Reglamento de Salud Ciudadana, un código civil que marcaba cada aspecto y momento del día a día de toda una sociedad. Obviamente, por su bienestar. Eso es lo que les decían.

Mazda resopló al escuchar el terrible grito de la bocina. El susto mañanero le producía una ansiedad que la hacía temblar. A los pocos segundos recuperaba cierta estabilidad, pero el corazón seguía bombeando con fuerza hasta pasados al menos diez minutos. Ella notó cómo una gota de sudor le cayó por la frente hacia la sien izquierda, para luego evaporarse en medio de las hebras de su pelo negro. Debía levantarse. Tenía que prepararse para su trabajo en las instalaciones de visión. Pero se sentía cansada, terriblemente cansada. No era una molestia muy grande, ya que el cansancio y el estrés eran el estado natural de todos en Cumai. Realmente no solo en Cumai, sino en toda la Coordinada. En el fondo, en todo el Mundo Ciudadano. Ese era el nombre oficial del Estado y el territorio que controlaba el sistema imperante. Mundo Ciudadano, un imperio que controlaba casi todo el globo exceptuando pequeños territorios y mares. Para Mazda y todos los habitantes, el único lugar existente y posible, la única forma de vida y organización social. Para toda la masa ignorante, enferma e idiotizada, la única sociedad posible. En el fondo y en verdad, una cárcel tóxica de locos e idiotas.

Mazda acabó por levantarse de su minúscula cama. Sus músculos estaban flácidos por la falta de ejercicio, y pese a su juventud, su salud era la de una anciana. Se dirigió a su baño y luego se vistió. Una camiseta larga, demasiado larga, y unos zapatos de colores chillones. La temperatura era templada, aceptable. Lo era ahí en su habitáculo y en todas las zonas de Cumai. En la calle era verano y el calor tostaría la piel a cualquiera, pero la arquitectura de Cumai estaba diseñada para que nadie tuviera que salir a la calle si no era estrictamente necesario. Una red de calles y líneas subterráneas formaban una ciudad interior, además de que la Ley prohibía a la población salir de su habitáculo salvo para los asuntos urgentes. Todo estaba regulado,



prohibido y monitorizado. La vida era una jaula que aplastaba el alma. Y los prisioneros habían olvidado que tenían precisamente eso, un alma.

La muchacha abrió la puerta y salió, cerrándola luego, como cada día. Justo al pasar a los pasillos del bloque, las luces de neón le impactaron en su vista ya de por sí enferma con principio de cataratas. La música sonaba en los pasillos, un rítmico sonido que cerraba el paso a la reflexión y el recogimiento interior de cada persona. Mazda estaba acostumbrada a la siempre presente musiquita, con su primitivo y repetitivo tamborileo. Era una obsesión del Sistema el que nadie estuviera mucho tiempo sin escuchar música ni ver vídeos en las pantallas insertadas en sus antebrazos derechos o en las muchas pantallas que invadían el territorio del Sistema. Todo estaba diseñado y organizado para evitar la reflexión, el pensamiento propio y la relajación. Un infierno de estímulos constantes. Una guerra para alejar al Hombre de su propia esencia.

La joven bajó los escalones que la llevarían hasta el ascensor bajo que se situaba en el piso inferior. Llegó y allí había más personas esperando. Hombres y mujeres con cuerpos obesos o demasiado delgados, algunos con joroba, otros con partes del cuerpo ausentes. Ninguno se miraba, tampoco saludaban. Aquella era una costumbre ya «superada» y propia de una época despreciable e invasiva. Todos estaban absortos en sus pantallas internas, aquel dispositivo biodigital insertado en el antebrazo derecho y que conectaba al individuo a la red virtual. El proceso de injertar el cachivache era temprano, justo al cumplir quince años. Los cirujanos ni siquiera preguntaban, sino que era un proceso necesario para mantener en pie aquella sociedad ultratecnológica. Tampoco había nadie que se lo cuestionara o se negara. Mazda hizo lo propio, sin ánimo de acritud por la

indiferencia de nadie. Aquello era un comportamiento típico y socialmente aceptado. En realidad, era el único comportamiento existente: el de la indiferencia, la deshumanización, el alejamiento del prójimo aunque esté justo al lado. La cárcel del propio ego.

El ascensor llegó, con capacidad para diez integrantes. Todos entraron, apretados como sardinas. Mazda quedó en la pared derecha. En los ascensores habían eliminado los espejos, que eran típicos de los tiempos antiguos. Los «expertos» descubrieron la propagación de una enfermedad por culpa de las partículas de los espejos. De tal forma, en Cumai y todo el territorio del Estado casi no había espejos. Obviamente todo lo que decían desde el Gobierno era una mentira idiota. Lo que verdaderamente buscaban era la desconexión con uno mismo, el evitar que la persona pudiera mirarse y darse cuenta de su situación y su estado. El espejo, sagrado en una época pasada de sabiduría hechicera, era un elemento propio de quien desea encontrarse a sí mismo. Precisamente era eso lo que querían evitar: que cada uno se encontrara a sí mismo. Y por supuesto, allí, en el ascensor, la siempre, siempre presente música.

Bajaron algunos pisos, hasta que llegaron a la estación de tren subterráneo. Miles de cámaras y luces de neón invadían el paisaje mecánico y frío. El grupo salió con su andar torpe y ansioso. Mazda pasó por un escáner facial que le permitía pasar a la planta de espera, hasta que llegara su tren y la llevara a su lugar de trabajo. Junto a ella se encontraban varias personas más. Casi todas de su misma edad, excepto una anciana. La mujer era un cúmulo de arrugas y pelo blanco, vestida con un inarmónico conjunto de piezas de ropa diferentes. Su mirada ausente hablaba sin palabras de una vida de decepción y soledad. Era delgada como un palo, su tez blanca amarillenta. Caminaba con tranquilidad. Sus piernas, torpes y cansadas. Mazda ya la había

visto antes, era la limpiadora de las instalaciones de agua. Nunca habían hablado, por supuesto, pero la veía cada día. Justo cuando la anciana iba a sentarse en el banco de espera, se cayó. Su cuerpo fue al suelo y emitió un pequeño grito de dolor. Había casi quince personas esperando el tren, vieron a la mujer caer y nadie hizo nada. Mazda tuvo un instante de indiferencia, pero duró un instante. De repente, y casi sin pretenderlo, se vio a sí misma ayudando a la mujer. Agarró su mano y se agachó para soportar su peso y levantarla. Notó su piel arrugada y sus músculos flácidos. Mazda sintió su corazón palpar, y la mujer le dijo algo, pero por culpa de la música no la escuchó.

La colocó en el banco sentada y, entonces, ocurrió algo que en su indiferente sociedad nunca ocurría: cruzaron sus miradas. Aquellos ojos marrones y cansados, llorosos y viejos, miraron a Mazda. A su interior. Y la chica, por primera vez en demasiado tiempo, sintió una emoción que era la base de cualquier cosa que pueda llamarse humana: misericordia. La mujer sonrió y le acarició. Mazda vio paz, amor y una pena infinita en esa mirada. Entonces se incorporó de nuevo y miró a su alrededor. Algunos la observaban, como a un bicho raro. Miradas desaprobadoras, acusadoras incluso. Sentía que le estaban diciendo que era una tonta, una reaccionaria que había traspasado un terrible punto. Mazda sintió también una emoción que estaba demasiado enterrada, y que resurgió como un volcán: rabia.

Su furia se debía a la desvergüenza y el asco de los que fue consciente en ese momento. Aquella masa de imbéciles egoístas y miserables, además de no tener la decencia de ayudar a una anciana, se atrevía a mirarla con ánimo de acusación en sus asquerosos ojos. Mazda no se había sentido así en toda su narcotizada e idiotizada vida. La sangre le corría por las venas con más velocidad, eso sentía. Una novedad arcaica que le

prefiguraría un destino que todavía desconocía, pero al que se estaba acercando por momentos. Se sentó, evitando las miradas de todos. Quiso ponerse a ver su pantalla insertada, pero estaba demasiado agitada para concentrarse. Aunque la música seguía su ritmo repetitivo, Mazda no lo escuchaba, no podía ni quería. Su respiración fue acompasándose hasta que se equilibró. Nunca en su vida había sentido el enfado que acababa de experimentar, lo que la dejaba confundida y, a la vez, más viva.

El tren llegó, con sus colores aún más llamativos que los de la ya de por sí estrambótica estación. Todos entraron, sentándose en los incómodos sillones a lo largo del cuerpo interno del tren. Mazda buscó un asiento solitario, alejada de la compañía ingrata y despreciable de aquella masa idiota a la que comenzaba a despreciar. Se fijó, con interés, dónde se sentaba la mujer anciana. Ella fue a uno de los asientos más cercanos a la puerta de salida, sabiendo que su mente despistada por la edad corría el riesgo de olvidar que debía bajarse en cuanto llegara a su destino. Mazda sintió pena de nuevo, y también algo que ni ella ni su sociedad enferma tenían nunca presente. Mazda se dio cuenta de que también, algún día, se convertiría en anciana. El tren empezó a correr por las subterráneas y cavernosas líneas, mientras Mazda era consciente del concepto de la vejez. En su sociedad quedaban pocos ancianos, la mayoría de la gente moría de diversas enfermedades alrededor de los cincuenta años y eran pocos los que duraban hasta más allá. Los escasos ancianos eran internados en residencias obligatorias en las que acababan muriendo, bien por la edad, bien por la amarga soledad. Lo cierto era que muchos pedían el legal suicidio asistido, y que en esos tugurios crueles que eran las residencias los invitaban a ello. Esos lugares eran centros donde se maltrataba, abandonaba y despreciaba a los ancianos. Los trabajadores de aquellos lugares eran escogidos por

su personalidad sádica y cínica, carácter frío y nula misericordia. Todos en Cumai sabían que aquello era así, pero el mundo era demasiado joven y estaba demasiado ocupado para atender a los viejos. Que murieran, que no aportaban nada. Así de dura y cruel era la sociedad de los colorines y la música bailarina.

El tren llegó a la parada en donde debía bajarse Mazda. La chica se desprendió de sus oscuros y tristes pensamientos para volver a la realidad rutinaria y productiva. Se levantó, sintiendo su fofu trasero entumecido. Tosió involuntariamente y salió del tren. La estación a la que llegó era del mismo estilo que la anterior, la misma escena de colores chillones y música tóxicamente repetitiva. Mazda caminó con sus andares torpes hasta el ascensor que debía llevarla hasta el edificio donde trabajaba. No pisó la calle exterior ni vio la luz del sol en todo el trayecto, ni la vería en toda su jornada laboral y regreso a casa. Así era su rutina cada día y se extendía a toda la semana. El sistema recomendaba tomar el sol únicamente veinte minutos por semana. Decían que así evitaban enfermedades peligrosas originadas por el astro rey. Obviamente esto era también una mentira, perjudicando la salud de todo un pueblo al evitar las benevolentes consecuencias de la exposición regular al sol. Mazda, al igual que toda Cumai, se sentía cansada y sin energía casi todo el tiempo, desconociendo que esto era debido a la negación de la luz solar.

La chica llegó al departamento de vista. Aquí la música no estaba puesta para favorecer la concentración en el trabajo. Un sensor láser la reconoció con una foto instantánea y abrió las puertas tras verificar su identidad. Mazda entró por el pasillo con olor a detergente y se cruzó con unos compañeros a los que no saludó y de los que tampoco recibió saludo. Llegó a su mesa de trabajo y encendió, con su pantalla insertada en el brazo, la computadora de trabajo. Su actitud era tremendamente mecá-

nica y casi automática, consecuencia de repetir la misma rutina a lo largo de mucho tiempo. Se concentró en las imágenes que en ese momento debía ver para comprobar los problemas oculares de diversas personas. Era un trabajo rutinario y siempre necesario. En la sociedad del Mundo Ciudadano los problemas oculares fruto de la exposición a luces artificiales eran constantes. A Mazda no le faltaba el trabajo.

Pasaron las horas en un silencio casi monástico, viendo cientos de imágenes de personas con cataratas, ojos llorosos, pupilas demasiado dilatadas. Ella comprobaba, verificaba y finalmente aceptaba el tratamiento médico al que debían someterse estas personas. Esto podría realizarlo una de las ultraproduktivas computadoras que tenía el sistema, pero necesitaban la fuerza viva de un ser humano para hacerlo sin un tiempo predeterminado por un ordenador. El propio sistema buscaba la forma de prescindir de los seres humanos para casi todo, pero de momento no al completo. Aunque sus intenciones eran la productividad absoluta y la condenación de los seres humanos a meros consumidores. Mazda no tenía esperanzas de futuro, pero no quería pensar demasiado. A veces, tampoco tenía esperanzas de presente.

Acabó su trabajo y se levantó del asiento, con la espalda dolorida y las piernas hormigueando. El brazo le dolía por la zona de los tendones. Fue hacia la máquina expendedora de comida. Uno de sus compañeros estaba delante, esperando. Acababa de pagar con «créditos» usando su propia pantalla insertada del brazo. En la sociedad del Mundo Ciudadano ya no existía la moneda física, ni siquiera el concepto de moneda. Únicamente había un elemento virtual llamado «créditos», usado para comprar y usar servicios. Eran repartidos en igual cantidad a todos los habitantes, tanto los que estaban obligados a trabajar como los que no. Cada vez que se usaban, se iban gastando y, una vez llegado a

cero, se te impedía cualquier compra. Los conceptos de ahorro, inversiones incluso transacción estaban obsoletos. Ni siquiera se permitían los regalos. El Reglamento de Salud Ciudadana prohibía ese tipo de fenómenos, mostrándolos como anticuados y desordenados, propio de una sociedad que no respetaba la «identidad individual». El egoísmo convertido en factor económico.

A Mazda le tocó el turno de comprar. Puso su antebrazo en la pantalla de la máquina expendedora y rápidamente una barrita alargada y una lata de refresco salieron, ofrecidas a la consumidora. El brazo le tembló al llegarle la «notificación» de que había gastado 1,25 créditos. Caminó hasta una silla que había cerca y apagó su hambre. El sabor de la barrita era extremadamente dulce, como todo lo que podía comerse en Cumai y el resto del mundo. El refresco era terriblemente gaseoso y poco nutritivo, dejándote insatisfecho y deseando comprar otro. Nadie sabía cocinar en Cumai, el propio concepto de cocina estaba casi olvidado, exceptuando los pocos que se dedicaban a ello profesionalmente. Aunque la forma y los alimentos que se usaban en esa «cocina» eran diferentes a los de la antigüedad. Azúcar, harina, insectos y restos biológicos de dudoso proceder eran los ingredientes de toda la comida que se fabricaba. Las consecuencias, para toda la población, eran fatales. Tumores, cánceres de estómago, temblores y demás enfermedades. Para la idiotizada ciudadanía de Cumai, estos eran problemas normales. Comían veneno, bebían veneno, respiraban veneno y morían envenenados. Un ciclo sin fin de autodestrucción planificada y autorizada por el Estado.

Mazda se acabó el pútrido aperitivo y suspiró profundamente. Estaba llena de dolencias musculares, auditivas y mentales. Su rutina no era especialmente disciplinada ni rompedora, tampoco estaba demasiadas horas trabajando, sin embargo, se sentía

aburrida y aplastantemente desmotivada. Ella y todo aquel con el que milagrosamente hablaba. Un sentimiento de vacío y de falta de sentido. Un hueco existencial que se tapaba con pastillas, drogas blandas y fármacos varios. Pero algo dentro de la chica gorda y aburrida estaba cambiando. Un hierro invisible forjándose en el yunque y el martillo de la reflexión y el asco social. Poco a poco la espada de la rebelión cobraba forma y sustancia en su espíritu. Se acercaba un destino que trastocaría su personalidad y su vida y cuyas consecuencias, en ese momento, no esperaba. La Rueda del Tiempo seguía girando, sin detenerse. Lo Inevitable jamás se frena, y siempre sorprende.

Mazda salió del departamento para volver a casa de nuevo, como de costumbre. Bajó el ascensor junto a algunos de sus compañeros hasta que llegó a la estación de tren subterráneo, al igual que todos los días. Una rutina aplastante y deshumanizada, una cadena sucesiva de días en los que todo era igual. Aquella vida no era la pacífica y hogareña cotidianidad del que vive en un pueblo pequeño y en donde se conocen todos. Era la robótica repetición de movimientos y hábitos malsanos hechos en medio de la multitud, pero también de soledad y control tecnológico. Mazda y los demás habitantes de Cumai nunca habían conocido la calidez del hogar, la intimidad de una pareja ni la diversión y lealtad de un amigo sincero. Todos eran como productos de supermercado, puestos en medio de una línea, todos juntos, pero nunca unidos.

La chica recorrió el camino de vuelta a su habitación, en el bloque-edificio donde residía. Casi se sorprendió porque su mente había automatizado el trayecto y parecía como si no lo recordara. A veces le ocurría. Días tan exasperantemente iguales que perdía la memoria. Abrió la puerta de su habitación y la encontró desordenada y sucia, tal como la había dejado. De



pequeña, criada en una de las escuelas obligatorias, nunca le enseñaron a limpiar ni ordenar la casa. Tampoco tuvo padres, nadie en Cumai los tenía. Sus tutores fueron el propio Estado y la escuela en la que creció. Los niños nacían del vientre de mujeres pagadas por el Estado para engendrar hijos, según los estándares económicos necesarios. La inseminación era artificial y al nacer el hijo era puesto en cuarentena y criado por el propio Sistema. Los pocos libros de Historia que quedaban hablaban de un concepto extraño: «Familia». Un colectivo pequeño relacionado entre ellos por genética común y en la que un hombre se relacionaba sexualmente con una mujer y traían hijos al mundo sin supervisión del Estado. El concepto era aterrador para la mente de los habitantes del Mundo Ciudadano. Mazda leyó una vez, en su pantalla insertada, cosas de ese tipo. Pero no le prestó atención. Seguramente sería mentira. ¿Cómo era posible que hubiera gente que vivía junta, tenía genética en común y se «amaban»? Era mejor no pensar en cosas tan extrañas.

Se desvistió y lavó su fofo cuerpo. Las duchas y bañeras habían desaparecido hacía años y la higiene personal era muy precaria. De esa forma se evitaba malgastar agua y detergentes, decía el Gobierno. Mazda se limpió con un paño y algo de agua que el Estado proporcionaba para la mínima limpieza. Acabó y se tiró en su cama, cansada. No tenía sueño y, además, dormía mal. Miró su pantalla insertada, visualizando vídeos absurdos sobre cosas aleatorias y sin sentido. No tenía nada mejor que hacer. Dejaría que pasaran las horas hasta que le entrara el sueño. Para luego volver a su rutina destructoramente aburrida. Y así, una y otra vez. Mazda apartó la vista de su pantalla durante un momento, haciendo memoria. El suceso de la anciana volvió a su mente, como un golpe. Se quedó mirando al techo fijamente, sus ojos puestos en la nada. Recordó la indiferencia de la gente

ante la caída y el dolor de una pobre mujer. Recordó la rabia que a ella misma le había invadido cuando la miraron desaprobando aquel gesto. Se sentía indignada, asqueada. ¿Eran humanos? Aca-so el concepto de lo humano era algo alejado de lo sentimental, de lo emocional. Eran humanos en forma, pero no en esencia. ¿O acaso sí? Quizá la humanidad era únicamente una especie de carne, sangre y tendones en la que no había misericordia, dignidad ni vergüenza. Puede que fuese así, Mazda no lo sabía. Pero no le gustaba, eso lo tenía claro.

Se sorprendió a sí misma llorando, cosa que ya casi nadie hacía. Aquello era un fenómeno producido por un desequilibrio psicológico y que debía arreglarse tomando fármacos. El Estado censuraba, con la excusa de la medicina científica, la primigenia y sanadora expiación del llanto. Mazda se levantó para agarrar las pastillas antidepresivas supresoras del llanto. Lo hizo inconscientemente, a consecuencia de la programación mental de la cual era víctima, sin saberlo. Justo en el instante en que iba a consumir aquella pastilla, se frenó. Algo en su mente hizo conciencia y se dio cuenta de que aquello era uno de los muchos venenos que el sistema le incitaba a tomar. No dejaría entrar aquel asqueroso producto por su garganta. Prefería llorar. No se había familiarizado con sus emociones en toda su vida. Les enseñaban que eran «trastornos» y que debían ser tratados en consecuencia. Con fármacos o «terapias», que eran básicamente programaciones mentales en donde les decían que no hicieran caso a sus emociones porque eran momentos efímeros y no tenían sentido práctico. La trascendencia era anatema para el Mundo Ciudadano. La población estaba en un estado mental quebrado, trastornado y bloqueado.

## ÍNDICE

|                                      |     |
|--------------------------------------|-----|
| Entre el silencio y los gritos ..... | 7   |
| Un cambio rompedor .....             | 19  |
| Todo explota .....                   | 69  |
| Un largo recorrido .....             | 97  |
| Traumática llegada .....             | 131 |
| La fortaleza .....                   | 155 |
| Prepárate para luchar .....          | 227 |
| Sangre, sudor y secretos .....       | 255 |
| Lo podrido y lo derrumbado .....     | 279 |
| La última pared por traspasar .....  | 297 |





Esta primera edición de *Paredes de injusticia*,  
de Rafael Sánchez Gavilán, terminó de  
imprimirse en septiembre de 2024.

En una Europa occidental irreconocible, la joven Mazda vive atrapada en una sociedad idiotizada, dominada por la tecnología. En la opresiva ciudad de Cumai, los habitantes sobreviven en pequeños habitáculos, vigilados y privados incluso de la luz del sol, bajo el pretexto de su bienestar. La depresión y el vacío existencial se apoderan de Mazda, empujándola a cuestionar la realidad que la rodea y a buscar un sentido más allá de la rutina asfixiante en la que está inmersa. Un simple acto de compasión marca el inicio de su despertar. Se embarca entonces en un peligroso viaje de auto-descubrimiento.

*Paredes de injusticia* explora las luces y las sombras que habitan en cualquier tipo de sociedad, sin importar los valores que la guíen o la forma en que se organice. Acompaña a Mazda en su búsqueda de sentido y propósito, y descubre los enigmas e intrigas que se ocultan en el corazón de los seres humanos.

¿Te atreves a cuestionar la realidad que te rodea?

·EDICIONES·PANGEA·

[www.edicionespangea.com](http://www.edicionespangea.com)

